

ESTÉTICA DE LO SUBLIME

FRANCISCO CRUZ L.
Universidad de Viña del Mar

Resumen

El artículo ofrece una lectura compendiada de los textos clásicos sobre la categoría estética de lo sublime. Se trata de un ejercicio de reconocimiento de las distintas matrices teóricas desde las cuales se articulan los textos de 'Longino' (retórica), Burke (empírica) y Kant (trascendental), sin dejar de identificar también el complejo de sus afinidades.

Palabras clave: sublime, categoría, estética, retórica, empírica, trascendental

Abstract

The article offers a compendium of readings of classic texts about the aesthetic category of the sublime. It is an exercise of recognition of the different theoretical matrices whereby the texts by 'Longino' (rhetorical), Burke (empirical) and Kant (transcendental) are articulated, with due consideration given to their affinities.

Keywords: sublime, category, aesthetic, rhetoric, empiricist, transcendental.

*

El tratado anónimo del siglo I *Sobre lo sublime*, atribuido por largo tiempo a Longino, ofrece la primera indagación estética de la palabra, al superar, aunque no del todo, el sentido puramente estilístico que la retórica clásica le había asignado.

El Anónimo no abandona la matriz retórica, pues concibe lo sublime como una cierta majestad del lenguaje. No es la persuasión del auditorio, sin embargo, el correlato emocional de los pasajes sublimes de la poesía y de la prosa. Es más bien el entusiasmo, una mezcla de placer, admiración y sorpresa, lo que se impone, como el brillo del relámpago que todo lo eclipsa, sobre el espíritu del oyente. El lenguaje sublime proviene tanto de la naturaleza como del arte. El pensamiento elevado y el arrebató emocional son más atributos naturales que fórmulas de estilo. La disposición de las figuras y la nobleza en la expresión y el tono, en cambio, son fuentes de sublimidad que obedecen más al estudio que a la buena fortuna.

El patetismo sublime se diferencia de la emoción trivial y, sobre todo, del discurso inflado de los oradores cuya grandilocuencia es proporcional a su pobreza de sentimiento. Pero no hay que confundir el arrebató, que el genuino esplendor del lenguaje produce, con el furor de naturaleza divina. La elevación del ánimo y del pensamiento por sobre los límites de lo percibido, no conducen hacia un más allá de lo humano. Ya en el Pseudo-Longino lo sublime es la promoción de lo humano hacia su máxima realización frente al enorme espectáculo del mundo: la admiración se vuelve sobre el oyente como si fuera él

mismo el creador de la frase que acaba de escuchar, de una belleza cuyo resorte es el amor por lo inconmensurable. Lo sublime conduce, paradójicamente, a la revelación de la angostura del mundo frente al constante e ilimitado afán del espíritu por intentar saltar los márgenes de la naturaleza.

...la naturaleza no ha elegido al hombre para un género de vida bajo e innoble, sino que introduciéndonos en la vida y en el universo entero como en un gran festival, para que seamos espectadores de todas sus pruebas y ardientes competidores, hizo nacer en nuestras almas desde un principio un amor invencible por lo que es siempre grande y, en relación con nosotros, sobrenatural. Por esto, para el ímpetu de la contemplación y del pensamiento humano no es suficiente el universo entero, sino que con harta frecuencia nuestros pensamientos abandonan las fronteras del mundo que los rodea y, si uno pudiera mirar en derredor la vida y ver cuán gran participación tiene en todo lo extraordinario, lo grande y lo bello, sabría, en seguida, para qué hemos nacido (Longino' 202-203).

Recién en el siglo XVIII se produce un cambio de matriz explicativa en el campo de la estética de lo sublime. En 1757 aparece la *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello* del irlandés Edmund Burke. La noción deja de ser tratada como una cualidad exclusiva del lenguaje situándose ahora en la dimensión empírica del poder, del cuerpo y de las pasiones.

Frente al Pseudo-Longino, Burke acentúa el aspecto sombrío del patetismo sublime: el terror, la sensación y la idea de amenaza y de dolor, es el estado más intenso de la mente y en cuyo asalto puede ésta llegar a padecer la sublimidad. Este gesto de realce de lo psicológicamente negativo ha sido leído (Cfr. Bodei 111) como un síntoma del nuevo horizonte de comprensión de la naturaleza abierto por la ciencia moderna y, en particular, por la física y la geología, que precipitan al hombre en el vértigo ante la enormidad del espacio y del tiempo. El terror aparece vinculado, en esta perspectiva, a la conciencia de la desproporción entre los tremendos poderes telúricos y cósmicos y la marginal, pequeña y frágil presencia de lo humano en un mundo apartado del centro y destinado también a la ruina.

Lo sublime se presenta como una amenaza relativa a la conservación del individuo; y no hay nada que ponga más en peligro la *self-preservation* que la muerte, fuente directa o velada de todos los terrores. Pero el padecimiento de esta amenaza puede ser simplemente atroz, en cuyo caso se vuelve imposible todo goce. El deleite que proviene del terror sublime se distingue tanto del puro pavor como del placer positivo. Del puro pavor, porque supone la distancia y un cierto estar a resguardo de los poderes, las dimensiones o espacios que perturban los sentidos y el ánimo; del placer positivo, porque no sólo la causa, sino también la naturaleza del deleite es diferente. Burke cristaliza su sentido en la palabra *astonishment*, que significa la suspensión de todos los movimientos del ánimo en la forma de un terror que atrae: el asombro.

La pasión causada por lo grande y lo sublime en la naturaleza, cuando aquellas

causas operan más poderosamente, es el asombro; y el asombro es aquel estado del alma, en el que todos sus movimientos se suspenden con cierto grado de horror. En este caso, la mente está tan llena de su objeto, que no puede reparar en ninguno más, ni en consecuencia razonar sobre el objeto que la absorbe. De ahí nace el gran poder de lo sublime, que, lejos de ser producido por nuestros razonamientos, los anticipa y nos arrebatada mediante una fuerza irresistible. El asombro, como he dicho, es el efecto de lo sublime en su grado más alto; los efectos inferiores son admiración, reverencia y respeto. (Burke 42)

La perspectiva empírica de Burke ofrece excelentes descripciones de los signos de ocasión de lo sublime. La fuerza de los animales salvajes que excede toda utilidad, el poder del soberano, de la naturaleza o de la divinidad que crece en la imaginación mientras nos hacemos cada vez más pequeños; las formas o espacios de grandes dimensiones, hacia arriba (sub-limen) o hacia abajo (sublimo), como las viejas catedrales, las montañas o los precipicios; las cosas que parecen infinitas saturando la mente de ese horror delicioso que constituye la señal más efectiva de lo sublime; la percepción de la dificultad o de una fuerza enorme y enigmática como el único origen posible de ciertas obras (Burke señala el caso de Stonehenge); la magnificencia del cielo estrellado o de una vertiginosa proliferación de imágenes en la poesía; la luz cegadora del sol o la brusca transición de la máxima luz a la máxima oscuridad y viceversa; el ruido sutilmente pavoroso del trueno y de las tormentas; y finalmente, todas las privaciones o ausencias, donde el individuo padece la angostura de su ser y la atracción de la nada: el vacío, la oscuridad, la soledad y el silencio.

Kant publica sus *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* en 1764, bajo la influencia del empirismo inglés. Recién en 1790, sin recusar la herencia de Burke y conforme al proyecto general de su filosofía crítica, aporta en la *Crítica de la facultad de juzgar* una indagación trascendental de la noción de lo sublime.

La analítica ensaya explicar el proceso de suscitación del sentimiento de lo sublime, sobre todo frente a la naturaleza, desde la perspectiva interna del ejercicio entre las distintas facultades. La experiencia de lo “absolutamente grande” (sublime matemático) o poderoso (sublime dinámico), de aquellos paisajes o eventos que exceden toda medida de la memoria del cuerpo, hace fracasar a la imaginación en su intento por aportar la síntesis (*comprehensio aesthetica*) sobre esa dispersión de sensaciones a la que queda lanzada en un proceso de captación (*apprehensio*) sin fin. El espectáculo de una enorme e irregular cadena de montañas, con sus pirámides de hielo, o del tenebroso mar agitado por la fuerza de los vientos, deja una herida en el ánimo. La herida del sobregiro de la imaginación: un sentimiento de dolor, angustia o temor, unido a la conciencia de nuestro ser diminuto y débilmente plantado ante la inmensidad o el caos.

Pero, tal como en Burke, el sentimiento de lo sublime no se resuelve en el puro pavor y, menos aún, en un placer positivo ajeno a la herida, cuya joviali-

dad y espíritu de juego definen más bien la experiencia de lo bello.

También según el modo esta última complacencia es muy diferente de la primera, pues ésta (lo bello) conlleva directamente un sentimiento de promoción de la vida, y es aunable, por eso, con atractivos y con una imaginación lúdica, y en cambio aquélla (el sentimiento de lo sublime) es un placer que sólo surge indirectamente, a saber, de modo tal que es generado por el sentimiento de un momentáneo impedimento de las fuerzas vitales y de una tanto más fuerte efusión de éstas inmediatamente consecutiva; por tanto, no parece ser, como emoción, un juego, sino seriedad en el quehacer de la imaginación. De ahí que tampoco sea conciliable con atractivos; y desde que el ánimo no es sólo atraído por el objeto, sino alternativamente, una y otra vez repelido también, la complacencia en lo sublime contiene menos un placer positivo que una admiración o respeto, esto es, algo que merece ser denominado placer negativo (Kant, *Crítica* 159).

La hostilidad de lo sublime hace temblar nuestras expectativas de sentido frente a la naturaleza dejándonos en una especie de parálisis. Como el exceso de toda medida imaginativa es el signo de algo que desborda los límites de la experiencia, el entendimiento no puede fijar este vacío en la precisión del concepto. Pero la razón (*Vernunft*) sí puede ofrecer un contenido capaz de llenar el paradójico vacío por sobregiro de la imaginación: la idea del todo absoluto. En el contexto crítico de la filosofía kantiana, esta idea no se presenta como una certeza. Es más bien una exigencia de sentido de la razón frente a eso que se muestra como en falta; y una exigencia para la imaginación a la que se le pide componer sensiblemente la idea del todo absoluto. El fracaso repetido de la imaginación en el intento de alcanzar esta idea, su descalce, provoca el sentimiento de lo sublime que, sólo de manera ilusoria, remite a la naturaleza.

Respeto es el sentimiento de la inadecuación de nuestra facultad para alcanzar una idea que es para nosotros ley. Ahora bien, la idea de la comprensión de cualquier fenómeno que pueda sernos dado en la intuición de un todo es una tal que nos es impuesta por una ley de la razón que no reconoce otra medida determinada, válida para todos e inalterable, que el todo absoluto. Pero nuestra imaginación, aún en su máximo esfuerzo con vistas a la comprensión de un objeto dado en un todo de la intuición (por tanto, para la presentación de una idea de la razón), que de ella se exige, prueba sus límites y su inadecuación, aunque también a la vez su destinación para llevar a efecto la conformidad con aquella idea como con una ley. El sentimiento de lo sublime en la naturaleza es, pues, respeto hacia nuestra propia destinación, el cual mostramos a un objeto de la naturaleza a través de una cierta subrepción (sustitución de un respeto por el objeto en lugar del respeto hacia la idea de la humanidad en nuestro sujeto), lo que nos hace, por así decir, intuir la superioridad de la destinación racional de nuestras facultades de conocimiento por sobre la más grande potencia de la sensibilidad (Kant, *Crítica* 171).

Kant da el nombre de respeto al sentimiento de este descalce. Pero así como

en el Pseudo-Longino la admiración terminaba por volverse sobre el oyente, así también en Kant el sentimiento de lo sublime rebota en la exterioridad natural (cuya grandeza nunca es lo suficientemente regia como para ocupar el lugar del todo absoluto) y se vuelve sobre la propia razón como una facultad que consiste en la exigencia de lo incondicionado. El placer negativo o respeto proviene de esta superación constante de la parálisis frente al esplendor espacial o dinámico de la naturaleza, mediante la intuición de la dignidad de la vocación racional de lo humano hacia algo que precisamente ni el máximo esplendor natural puede igualar.

BIBLIOGRAFÍA

- Burke, Edmund, *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, Madrid, Tecnos 1987
- Bodei, Remo, *La forma de lo bello*. Madrid, La balsa de la Medusa / Visor 1998
- Kant, Emmanuel, *Crítica de la facultad de juzgar*, Caracas, Monte Avila 1992
- “Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime” en *Textos estéticos*, Santiago, Andrés Bello 1983
- Longino, *Sobre lo sublime*, Madrid, Gredos 1979